



León Tolstói

Después Del Baile



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

DESPUÉS DEL BAILE

LEÓN TOLSTÓI

PUBLICADO: 1911

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

DESPUÉS DEL BAILE

--Y dices que un hombre no puede, por sí mismo, entender lo que es bueno y malo; que todo es el ambiente, que el ambiente ahoga al hombre. Pero yo creo que todo es cuestión de azar. Toma mi propio caso..."

Así habló nuestro excelente amigo, Iván Vasílievich, tras una conversación entre nosotros sobre la imposibilidad de mejorar el carácter individual sin un cambio en las condiciones bajo las cuales viven los hombres. Nadie había dicho realmente que uno no pudiera entender por sí mismo lo bueno y malo; pero era costumbre de Iván Vasílievich responder de esta manera a los pensamientos despertados en su propia mente por la conversación, e ilustrar esos pensamientos relatando incidentes de su propia vida. A menudo se olvidaba por completo de la razón de su historia al contarla; pero siempre la contaba con gran sinceridad y sentimiento.

Lo hizo ahora.

"Toma mi propio caso. Mi vida entera fue moldeada, no por el ambiente, sino por algo completamente diferente."

"¿Por qué, entonces?" preguntamos.

"Oh, esa es una larga historia. Tendría que contarles muchas cosas para que lo entendieran."

"Bien, cuéntanos entonces."

Iván Vasílievich pensó un poco y negó con la cabeza.

"Mi vida entera," dijo, "cambió en una noche, o, mejor dicho, mañana."

"¿Por qué, qué pasó?" preguntó uno de nosotros.

"Lo que pasó fue que estaba muy enamorado. He estado enamorado muchas veces, pero esta fue la más seria de todas. Es cosa del pasado; ahora ella tiene hijas casadas. Era Varinka B----." Iván Vasílievich mencionó su apellido. "Incluso a los cincuenta es notablemente hermosa; pero en su juventud, a los dieciocho, era exquisita--alta, esbelta, elegante y majestuosa. Sí, majestuosa es la palabra; se mantenía muy erguida, por instinto, se podría decir; y llevaba la cabeza alta, y eso, junto con su belleza y estatura, le daba un aire regio a pesar de ser delgada, incluso huesuda se podría decir. De hecho, podría haber sido disuasivo si no fuera por su sonrisa, que siempre era alegre y cordial, y por la encantadora luz en sus ojos y por su dulzura juvenil."

"¡Qué descripción tan cautivadora nos das, Iván Vasílievich!"

"¡Descripción, de verdad! No podría posiblemente describirla de manera que pudieran apreciarla. Pero eso no importa; lo que voy a contarles ocurrió en los años cuarenta. En ese momento era estudiante en una universidad provincial. No sé si fue bueno o malo, pero no teníamos clubes políticos, ni teorías en nuestras universidades entonces. Simplemente éramos jóvenes y pasábamos nuestro tiempo como jóvenes, estudiando y divirtiéndonos. Era un joven muy alegre, vivaz, despreocupado, y también tenía bastante dinero. Tenía un caballo fino, y solía ir en trineo con las jóvenes damas. El patinaje aún no había entrado en moda. Iba a fiestas de bebida con mis compañeros--en esos días bebíamos nada más que champán--si no teníamos champán, no bebíamos nada en absoluto. Nunca bebíamos vodka, como hacen ahora. Las fiestas nocturnas y los bailes eran mis diversiones favoritas. Bailaba bien, y no era un tipo feo."

"Vamos, no hay necesidad de ser modesto", interrumpió una dama cerca de él. "Hemos visto tu fotografía. ¡Nada feo, de hecho! Eras un apuesto joven".

"Apuesto, si así lo prefieres. Eso no importa. Cuando mi amor por ella estaba en su punto más alto, en el último día del carnaval, estaba en un baile en la casa del mariscal provincial, un hombre anciano bondadoso, rico y hospitalario, y un chambelán de la corte. Los invitados eran recibidos por su esposa, quien era tan bondadosa como él. Ella estaba vestida con terciopelo de color púrpura y tenía una diadema de diamantes en la frente, y sus regor-

detas, viejas y blancas hombros y pecho estaban desnudos como los retratos de la Emperatriz Elizabeth, la hija de Pedro el Grande.

"Fue un baile encantador. Era una sala espléndida, con una galería para la orquesta, que era famosa en ese tiempo y consistía en siervos pertenecientes a un terrateniente musical. Los refrigerios eran magníficos, y el champán fluía en ríos. Aunque me gustaba el champán, no bebí esa noche, porque sin él estaba embriagado de amor. Pero lo compensé bailando valeses y polkas hasta caer rendido--por supuesto, siempre que era posible, con Varinka. Ella llevaba un vestido blanco con una cinta rosa, zapatos blancos y guantes de cabritilla blancos, que no llegaban del todo a sus delgados codos puntiagudos. Un ingeniero desagradable llamado Anisimov me robó la mazurka con ella--hasta el día de hoy no puedo perdonarlo. Él le pidió el baile en el momento en que llegó, mientras yo había ido al peluquero a conseguir un par de guantes y llegué tarde. Así que no bailé la mazurka con ella, sino con una chica alemana a quien anteriormente había prestado un poco de atención; pero me temo que no me comporté muy cortésmente con ella esa noche. Apenas hablé o la miré, y no vi nada más que la alta y esbelta figura en un vestido blanco, con una cinta rosa, una cara radiante y sonriente con hoyuelos, y dulces, amables ojos. No estaba solo; todos la miraban con admiración, hombres y mujeres por igual, aunque ella los eclipsaba a todos. No podían evitar admirarla.

"Aunque nominalmente no era mi pareja para la mazurka, de hecho bailé casi todo el tiempo con ella. Siempre salía valientemente a lo largo de la sala para elegirme. Yo volaba a su encuentro sin esperar a ser elegido, y ella me agradecía con una sonrisa por mi intuición. Cuando me presentaban a ella con alguien más, y ella adivinaba mal, tomaba la mano del otro hombre con un encogimiento de sus delgados hombros y me sonreía con pesar.

"Siempre que había una figura de vals en la mazurka, valsaba con ella durante mucho tiempo, y ella, respirando rápido y sonriendo, decía, 'Otra vez'; y seguí valsando y valsando, como si no fuera consciente de ninguna existencia corporal".

"Vamos, ¿cómo podrías no ser consciente de ello con tu brazo alrededor de su cintura? Debes haber sido consciente, no solo de tu propia existencia, sino de la de ella", dijo uno de los presentes.

Ivan Vasilievich gritó, casi gritando de ira: "¡Ahí están, los modernos de hoy en día! Ahora solo piensan en el cuerpo. Era diferente en nuestros tiempos. Cuanto más enamorado estaba, menos corpórea era ella a mis ojos. Hoy en día solo piensan en el cuerpo. Era diferente en nuestros días. Cuanto más enamorado estaba, menos corpórea era ella en mis ojos. Hoy en día se fijan en piernas, tobillos, y no sé qué más. Desvisten a las mujeres de las que están enamorados. En mis ojos, como dijo Alphonse Karr--y él era un buen escritor--'la que amaba siempre estaba envuelta en ropas de bronce'. Nunca pensamos en hacer tal cosa; tratábamos de velar su desnudez, como el hijo bondadoso de Noé. Oh, bueno, ustedes no pueden entender".

"No le hagas caso. Continúa", dijo uno de ellos.

"Bueno, bailé en su mayoría con ella, y no noté cómo pasaba el tiempo. Los músicos seguían tocando las mismas melodías de la mazurka una y otra vez en una desesperación agotada--saben cómo es hacia el final de un baile. Los papás y mamás ya se estaban levantando de las mesas de cartas en el salón en espera de la cena, los sirvientes corrían de un lado a otro trayendo cosas. Eran casi las tres de la madrugada. Tenía que aprovechar los últimos minutos. La elegí de nuevo para la mazurka, y por centésima vez cruzamos la sala.

"La cuadrilla después de la cena es mía', dije, llevándola a su lugar.

"Por supuesto, si no me llevan a casa', dijo, con una sonrisa.

"No te dejaré ir', dije.

"Dame mi abanico, de todos modos', respondió.

"Me da tanta pena separarme de él', dije, entregándole un abanico blanco barato.

"Bueno, aquí tienes algo para consolarte', dijo ella, arrancando una pluma de su abanico y dándomela.

"Tomé la pluma y solo pude expresar mi éxtasis y gratitud con mis ojos. No solo estaba contento y alegre, estaba feliz, encantado; era bueno, no era yo mismo sino un ser no de esta tierra, sin conocimiento del mal. Escondí la pluma en mi guante y me quedé allí, incapaz de alejarme de ella.

"Mira, están instando a papá a bailar', me dijo, señalando la alta y majestuosa figura de su padre, un coronel con charreteras de plata, que estaba de

pie en la puerta con algunas damas.

"¡Varinka, ven aquí!" exclamó nuestra anfitriona, la dama con la ferronière de diamantes y hombros como los de Elizabeth, en voz alta.

"Varinka fue hacia la puerta, y yo la seguí.

"Convence a tu padre de que baile la mazurka contigo, ma chère. --Por favor, hazlo, Peter Valdislavovich', dijo ella, dirigiéndose al coronel.

"El padre de Varinka era un hombre mayor muy guapo y bien conservado. Tenía buen color, bigotes rizados al estilo de Nicolás I, y patillas blancas que se encontraban con los bigotes. Su cabello estaba peinado hacia la frente, y una sonrisa brillante, como la de su hija, estaba en sus labios y en sus ojos. Estaba espléndidamente erguido, con un pecho militar ancho en el que llevaba algunas condecoraciones, y tenía hombros poderosos y piernas largas y delgadas. Era ese tipo ultra militar producido por la disciplina del Emperador Nicolás I.

"Cuando nos acercamos a la puerta, el coronel justo se negaba a bailar, diciendo que había olvidado completamente cómo; pero en ese instante sonrió, balanceó su brazo graciosamente hacia la izquierda, sacó su espada de la vaina, la entregó a un joven complaciente que estaba cerca, y alisó su guante de gamuza en la mano derecha.

"Todo debe hacerse según las reglas', dijo con una sonrisa. Tomó la mano de su hija y se colocó ligeramente girado, esperando la música."

"Al primer sonido de la mazurka, marcó el ritmo con un pie con fuerza, lanzó el otro hacia adelante y, al principio lenta y suavemente, luego vivaz e impetuosamente, con golpes de pies y chasquidos de botas, su alta e imponente figura se movió a lo largo de la sala. Varinka se balanceaba graciosamente a su lado, rítmica y fácilmente, haciendo sus pasos cortos o largos, con sus pequeños pies en sus zapatillas de satén blanco.

"Todas las personas en la sala seguían cada movimiento de la pareja. En cuanto a mí, no solo admiraba, los miraba con simpatía extasiada. Particularmente me impresionaron las botas del caballero mayor. No eran los modelos modernos puntiagudos, sino hechas de cuero barato, con punta cuadrada, y evidentemente hechas por el zapatero del regimiento. Para que su hija pudiera vestirse e ir a la sociedad, él no compraba botas de moda, sino que usaba unas hechas en casa, pensé, y sus puntas cuadradas me parecie-

ron conmovedoras. Era obvio que en su tiempo había sido un buen bailarín; pero ahora estaba demasiado pesado, y sus piernas no tenían suficiente elasticidad para todos los hermosos pasos que intentaba dar. Aun así, logró dar dos vueltas por la sala. Cuando al final, parándose con las piernas separadas, de repente juntó los pies con un clic y cayó de rodillas, un poco pesadamente, y ella bailó graciosamente a su alrededor, sonriendo y ajustándose la falda, toda la sala aplaudió.

"Levantándose con esfuerzo, tomó tiernamente el rostro de su hija entre sus manos. La besó en la frente y me la trajo, bajo la impresión de que yo era su pareja para la mazurka. Dije que no lo era. 'Bueno, no importa. Solo da una vuelta por la sala con ella', dijo, sonriendo amablemente, mientras volvía a enfundar su espada.

"Como el contenido de una botella fluye fácilmente cuando se ha vertido la primera gota, así mi amor por Varinka pareció liberar toda la fuerza del amor dentro de mí. Al rodearla abrazaba al mundo. Amaba a la anfitriona con su diadema y sus hombros como los de Elizabeth, y a su esposo, y a sus invitados, y a sus lacayos, e incluso al ingeniero Anisimov, que se sentía malhumorado hacia mí. En cuanto al padre de Varinka, con sus botas hechas en casa y su amable sonrisa, tan parecida a la de ella, sentí por él un tipo de ternura que rozaba el éxtasis.

"Después de la cena bailé la cuadrilla prometida con ella, y aunque había sido infinitamente feliz antes, me volvía aún más feliz a cada momento."

"No hablamos de amor. Ni me pregunté a mí mismo ni a ella si ella me amaba. Era suficiente saber que yo la amaba. Y solo tenía un miedo: que algo pudiera interferir con mi gran alegría.

"Cuando llegué a casa y empecé a desvestirme para la noche, me di cuenta de que era totalmente imposible. Sostenía en mi mano la pequeña pluma de su abanico y uno de sus guantes que ella me dio cuando la ayudé a subir al carruaje después de su madre. Mirando estas cosas, y sin cerrar los ojos, podía verla ante mí tal como estaba en un instante cuando tuvo que elegir entre dos compañeros. Intentaba adivinar qué tipo de persona se representaba en mí, y podía escuchar su dulce voz diciendo, '¿Orgullosa—acerté?' y alegremente me daba la mano. En la cena, ella tomó el primer sorbo de mi copa de champán, mirándome por encima del borde con su mirada cariñosa. Pero, más claramente que todo, podía verla mientras bailaba con su padre,

deslizándose a su lado, y mirando a los observadores admirados con orgullo y felicidad.

"Él y ella estaban unidos en mi mente en una oleada de tierna patetismo.

"En ese entonces vivía con mi hermano, que desde entonces ha fallecido. A él no le gustaba salir y nunca iba a bailes; además, estaba ocupado preparándose para sus últimos exámenes universitarios y llevaba una vida muy regular. Estaba dormido. Lo miré, su cabeza enterrada en la almohada y medio cubierta con la colcha; y lo compadecí con cariño, lo compadecí por su ignorancia del éxtasis que yo estaba experimentando. Nuestro siervo Petrus ha me había recibido con una vela, listo para desvestirme, pero lo envié lejos. Su rostro soñoliento y su cabello despeinado me parecieron tan conmovedores. Tratando de no hacer ruido, caminé a mi habitación de puntillas y me senté en mi cama. No, estaba demasiado feliz; no podía dormir. Además, hacía demasiado calor en las habitaciones. Sin quitarme el uniforme, fui silenciosamente al pasillo, me puse el abrigo, abrí la puerta principal y salí a la calle.

"Eran más de las cuatro cuando salí del baile; ir a casa y detenerme allí un rato había ocupado dos horas, así que para cuando salí ya era de madrugada. Era un tiempo típico de carnaval: neblinoso, y la carretera llena de nieve empapada justo derritiéndose, y el agua goteando de los aleros. La familia de Varinka vivía en el límite de la ciudad cerca de un gran campo, un extremo del cual era un campo de desfile: en el otro extremo había un internado para jóvenes damas. Pasé por nuestra pequeña calle vacía y llegué a la calle principal, donde me encontré con peatones y trineos cargados de leña, los patines rechinando en el camino. Los caballos avanzaban con pasos regulares bajo sus yugos brillantes, sus espaldas cubiertas con esteras de paja y sus cabezas mojadas por la lluvia; mientras que los conductores, en botas enormes, chapoteaban por el barro al lado de los trineos. Todo esto, incluso los propios caballos, me parecía estimulante y fascinante, lleno de sugerencias.

"Cuando me acerqué al campo cerca de su casa, vi en un extremo de este, en dirección al campo de desfile, algo muy grande y negro, y escuché sonidos de flautín y tambor provenientes de allí. Mi corazón había estado lleno de canciones, y había oído en mi imaginación la melodía de la mazurka, pero esta era una música muy dura. No era agradable.

"¿Qué puede ser eso?" pensé, y me dirigí hacia el sonido por un camino resbaladizo a través del centro del campo. Caminando alrededor de cien pasos, comencé a distinguir muchos objetos negros a través de la niebla. Evidentemente eran soldados. 'Probablemente es un ejercicio', pensé.

"Así que seguí en esa dirección en compañía de un herrero, que llevaba un abrigo sucio y un delantal, y cargaba algo. Él caminaba adelante de mí a medida que nos acercábamos al lugar. Los soldados con uniformes negros estaban en dos filas, enfrentándose mutuamente inmóviles, con sus armas al reposo. Detrás de ellos estaban los flautines y tambores, repitiendo incesantemente la misma desagradable melodía.

"¿Qué están haciendo?" le pregunté al herrero, que se detuvo a mi lado.

"Un tártaro está siendo azotado a través de las filas por su intento de desertión", dijo el herrero en tono enfadado, mientras miraba intensamente al extremo lejano de la línea.

"Miré en la misma dirección, y vi acercarse entre las filas algo horrible. Lo que se acercaba era un hombre, desnudo hasta la cintura, atado con cuerdas a las armas de dos soldados que lo guiaban. A su lado caminaba un oficial con abrigo y gorra, cuya figura me resultaba familiar. La víctima avanzaba bajo los golpes que llovían sobre él desde ambos lados, todo su cuerpo se sacudía, sus pies arrastrándose por la nieve. Ahora se echaba hacia atrás, y los suboficiales que lo guiaban lo empujaban hacia adelante. Ahora caía hacia adelante, y ellos lo jalaban corto; mientras siempre a su lado marchaba el alto oficial, con paso firme y nervioso. Era el padre de Varinka, con su rostro sonrosado y bigotes blancos.

"A cada golpe, el hombre, como asombrado, giraba su rostro, haciendo muecas de dolor, hacia el lado de donde venía el golpe, y mostrando sus dientes blancos repetía las mismas palabras una y otra vez. Pero solo pude escuchar cuáles eran las palabras cuando estuvo bastante cerca. No las pronunciaba, las sollozaba,--'¡Hermanos, tengan piedad de mí! ¡Hermanos, tengan piedad de mí!' Pero los hermanos no tenían piedad, y cuando la procesión se acercó a mí, vi cómo un soldado que estaba frente a mí dio un paso firme hacia adelante y levantando su vara con un zumbido, la bajó sobre la espalda del hombre. El hombre se lanzó hacia adelante, pero los suboficiales lo jalaron de vuelta, y otro golpe cayó desde el otro lado, luego de este lado y luego del otro. El coronel marchaba a su lado, y mirando ahora a sus

pies y ahora al hombre, inhalaba el aire, inflaba las mejillas y lo exhalaba entre sus labios protruidos. Cuando pasaron por el lugar donde yo estaba, entre las dos filas pude vislumbrar la espalda del hombre que estaba siendo castigado. Era algo tan multicolor, húmedo, rojo, antinatural, que apenas podía creer que fuera un cuerpo humano.

"¡Dios mío!" murmuró el herrero.

La procesión se alejó más. Los golpes continuaron lloviendo sobre la criatura que se retorció y caía; los flautines chillaban y los tambores golpeaban, y la alta y majestuosa figura del coronel se movía al lado del hombre, justo como antes. Entonces, de repente, el coronel se detuvo y se acercó rápidamente a un hombre en las filas.

"Te enseñaré a golpearlo suavemente", oí su voz furiosa decir. '¿Lo vas a acariciar así? ¿Eh?' y vi cómo su mano fuerte en el guante de gamuza golpeó al soldado débil, pálido de terror, por no descargar con suficiente fuerza su palo sobre el cuello rojo del tártaro.

"¡Traigan palos nuevos!" gritó, y al mirar a su alrededor, me vio. Adoptando un aire de no conocerme, y con un ceño feroz y enojado, rápidamente se giró. Me sentí tan completamente avergonzado que no sabía dónde mirar. Era como si me hubieran descubierto en un acto vergonzoso. Bajé la vista y rápidamente me apresuré a casa. Todo el camino tuve los tambores golpeando y los flautines silbando en mis oídos. Y oí las palabras, '¡Hermanos, tengan piedad de mí!' o '¿Lo vas a acariciar? ¿Eh?' Mi corazón estaba lleno de un disgusto físico que casi era enfermedad. Tanto es así que me detuve varias veces en mi camino, porque tenía la sensación de que realmente iba a vomitar por todos los horrores que me poseían al ver esa escena. No recuerdo cómo llegué a casa y me acosté. Pero en el momento en que estaba a punto de dormirme, oí y vi de nuevo todo lo que había sucedido, y me levanté de un salto.

"Evidentemente, él sabe algo que yo no sé", pensé acerca del coronel. 'Si supiera lo que él sabe, seguramente comprendería, entendería lo que acabo de ver, y no me causaría tal sufrimiento.'

"Pero por mucho que lo pensara, no podía entender aquello que el coronel sabía. No pude dormirme hasta la tarde, y solo después de visitar a un amigo y beber hasta estar completamente ebrio.

"¿Creen que llegué a la conclusión de que la acción que había presenciado era malvada? Oh, no. Dado que se realizaba con tal seguridad y era reconocida por todos como indispensable, sin duda sabían algo que yo no sabía. Así pensaba e intentaba entender. Pero no importa, nunca pude entenderlo, ni entonces ni después. Y al no poder comprenderlo, no pude entrar en el servicio como había planeado. No me refiero solo al servicio militar: tampoco entré en el Servicio Civil. Y así, no he sido útil en absoluto, como pueden ver."

"Sí, sabemos cuán inútil has sido", dijo uno de nosotros. "Cuéntanos, más bien, cuántas personas habrían sido de alguna utilidad si no hubiera sido por ti."

"Oh, eso es una completa tontería", dijo Ivan Vasilievich con genuina molestia.

"Bueno; ¿y qué pasó con el asunto del amor?"

"¿Mi amor? Disminuyó desde ese día. Cuando, como a menudo sucedía, ella lucía soñadora y meditativa, inmediatamente recordaba al coronel en el campo de desfile, y me sentía tan incómodo y fuera de lugar que comencé a verla con menos frecuencia. Así que mi amor se desvaneció. Sí; surgen tales casualidades, y alteran y dirigen toda la vida de un hombre", dijo al resumir. "Y ustedes dicen..."

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB